

CAPÍTULO VII.

EL ALMIRANTE ENVÍA A SUPLICAR A LOS REBELDES QUE NO PERSISTAN EN SU REBELION.—PORRAS EXCITA A LOS SUYOS A QUE SE APODEREN DE LA PERSONA DEL ALMIRANTE.—LA CAMARILLA DE SEVILLA.—EL ADELANTADO CON LOS OFICIALES Y LOS ENFERMOS SALE AL ENCUENTRO DE LOS INSURRECTOS.—ÚLTIMOS ESFUERZOS PARA EVITAR UNA COLISION SANGRIENTA.—DON BARTOLOMÉ MATA A LOS TRES ADVERSARIOS MÁS VIOLENTOS Y PRENDE A FRANCISCO DE PORRAS.—LOS REBELDES SE SOMETEN.—DOS CARABELAS LLEGAN FINALMENTE PARA SACAR DE SU DESTIERRO AL ALMIRANTE Y SUS TRIPULACIONES.—DIFICULTADES DE LA TRAVESÍA DE JAMÁICA A LA ESPAÑOLA.—RECIBIMIENTO DE COLON EN SANTO DOMINGO.—SU ESTANCIA CERCA DE OVANDO.—SU VUELTA A ESPAÑA.—TEMPESTADES SUCE-SIVAS, PELIGROS Y AVERÍAS SUFRIDOS POR SU BUQUE.—AUXILIADO PROVIDENCIALMENTE LLEGA A SAN LÚCAR DE BARRAMEDA.

§ I.

Cuando, al día siguiente, las tripulaciones no vieron ya al bergantín, creyeron haber soñado. Las circunstancias de aquella llegada y partida nocturnas, la actitud reservada y el silencio de los remeros, parecieron cosa sospechosa y de mal agüero á los oficiales reunidos sobre cubierta. Aquel encargo traído por un traidor, un enemigo notorio, tenia cierta significacion de amenaza. Creyeron que el gobernador no queria salvarles, á causa de su enemistad contra el Almirante. Á fin de tranquilizarles aparentó Colon estar poseído de completa satisfaccion, y explicó la repentina marcha por el deseo de traer más prontamente algunas carabelas.

En realidad de verdad Ovando no habia enviado al traidor Escobar sino para que viera si el Almirante podría algun día salir de aquel sitio, con sus propios recursos, y existe la prueba de ello (1). Pero el interes que excitaba aquel infortunio y las vivas protestas de los religiosos franciscanos le obligaron á no contra-

(1) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. civ.

riar los esfuerzos de Diego Méndez para socorrer á los náufragos, y á aparentar que finalmente quería salvarles él mismo.

Dominado el Almirante por sus sentimientos de paternidad adoptiva, padecía al ver una parte de sus marineros separados de él irreflexivamente; porque les consideraba como hijos extraviados. Haciendo anunciar la próxima vuelta á Castilla esperaba reducirles al deber, y ahorrar de esta manera á los indios los perjuicios que los rebeldes les causaban continuamente. Ofrecióles amplia y completa amnistia, con la condicion de que se presentaran sin dilacion á las carabelas. Á fin de probarles que habia recibido noticias de la Española, les envió un pedazo de tocino y una medida de vino (1), y escogió para mensajeros á dos hombres de mérito, que precisamente habian tenido relaciones con los Porrás. Cuando los dos enviados se presentaron en el campamento de los rebeldes, salió Porrás á su encuentro y les llamó aparte, no queriendo que los suyos oyeran las proposiciones por temor de que las aceptaran. Con todo, supieron que Diego Méndez habia llegado á la Española, y que se esperaban carabelas de un día á otro.

Porrás conferenció un rato con sus principales cómplices y les dijo que el Almirante era un hombre cruel. Repetía la eterna acusacion de crueldad que, desde Pedro Margarit y el padre Boil, resucitaban todos los rebeldes para autorizar sus crímenes. Añadió que no podían fiarse de él, que Bobadilla, quien le conocia perfectamente, no se habia dejado engañar jamas por sus lisonjeras promesas, y habia terminado por enviarle á Castilla cargado de cadenas. Porrás contestó á los enviados del Almirante que sus compañeros no aceptaban sus proposiciones. Solamente consentían, si llegaban dos carabelas, en tomar una para ellos únicamente, y si sólo llegaba una, embarcarse en ella, dejando una mitad del buque á disposicion del Almirante. Además, puesto que habian perdido parte de sus vestidos en el mar (cuando habian intentado ir en botes á la Española), eran ellos de opinion que el Almirante debia darles otros (2). Los dos enviados le hicieron observar que aquella proposicion no era admisible, y contestó á esto que él obtendría por fuerza lo que no le concedieran de buen grado. Dicho esto, despidió á los dos oficiales.

Temeroso entónces Porrás de que la promesa del perdon y la perspectiva de una pronta partida, produjeran el natural efecto en algunos de los de su partida, y que se volvieran á las carabelas, negó que hubiese llegado ninguna nave; dijoles que la aparicion del buque no era sino una mera ilusion producida por el Almi-

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. VI, cap. VII.

(2) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. CVI.

rante, que era, como se sabia, un hábil nigromántico (1); porque si realmente se hubiese presentado alguna embarcacion, Colon se habria echado en seguida á ella con su hijo y su hermano para salvar sus vidas, en lugar de pudrirse vergonzosamente en sus carabelas. Incapaces de comprender aquellas almas ruines la nobleza del Almirante y la generosidad de su mensaje, se convencieron ante tan fútiles argumentos; si bien es verdad que Porrás «les persuadió que fueran á apoderarse de la persona del Almirante y tomar todo lo que habia en sus buques (2).»

Capitaneados los rebeldes por su jefe, se aproximaron á la bahía de Santa Gloria, y se establecieron en el pueblo indio llamado Maima (3).

Aquella partida insolente y sin motivo alguno furiosa, componíase especialmente de sevillanos, de modo que podria decirse que representaba verdaderamente la camarilla de Sevilla. En las carabelas no se le daba otro nombre que el de Sevilla; porque más bien que el ascendiente personal de Porrás, eran las predisposiciones hostiles de sus compatriotas lo que motivó la sublevacion. Al nombre indio de Maima se le sustituyó desde entónces el de Sevilla, y aun hoy mismo, despues que han desaparecido de Jamáica, presa de los ingleses, todas las antiguas denominaciones españolas, subsiste excepcionalmente en medio de los nombres británicos, ese nombre significativo de Sevilla, como para perpetuar la memoria de la perfidia de aquella gente y de la persecucion que sufrió el Almirante en la bahía de Santa Gloria, llamada en lo sucesivo *Bahía de Don Cristóbal*.

Ocupado pues por la partida rebelde el pueblecillo de Sevilla, á un kilómetro próximamente de la playa, atrevióse Porrás á enviar un reto al Almirante. «Colon estaba enfermo y no dejaba el lecho (4).» Ofendióse gravemente por tanta insolencia, y estremeciósese de indignacion al saber que los rebeldes iban á atacarle. Sin embargo, encargó expresamente al Adelantado que ofreciera una vez más la amnistia á todos los que depusieran las armas.

Ante la inminencia del peligro, reunió el Adelantado toda su gente. Desgraciadamente varios de ellos eran antiguos convalecientes, otros eran hombres de letras, oficiales más valientes que robustos los restantes. Dióles excelentes armaduras, y creyó prudente y hábil salir al encuentro del enemigo. Llegados á un ribazo, á tiro de ballesta de la poblacion de Sevilla, obrando don Bartolomé con arreglo á sus instrucciones, envió á los rebeldes los dos oficiales que se les habian

(1) Las Casas, *Historia de las Indias*, lib. II, cap. xxxv, Ms.

(2) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. VI, cap. VII.

(3) «Ad una popolatione d' Indiani che si chiamava Maima, dove poi i cristiani fabricarono una popolatione che nomarono Siviglia.»—Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. CVII.

(4) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, liv. IV, pág. 254, en 4.^o

enviado antes; pero Porras, sin querer escucharles, les echó de su presencia espada en mano. Contando por su parte los rebeldes con los hombres más robustos y ejercitados en las armas, miraban con lástima á aquellos nobles y enfermos que venian á medir con ellos sus fuerzas. No había entre ellos sino un solo guerrero, el Adelantado: por lo tanto los rebeldes acordaron reunir contra él sus comunes esfuerzos. Los seis más bravos de la partida habían jurado matarle (1), y todos debían echársele encima á un mismo tiempo.

Conociendo el Adelantado que era llegado el momento de obrar, reanimó el ardor de los suyos con algunas inspiradas frases, y encargóles que cumplieran su deber, como él iba á cumplir el suyo. La partida de Porras se arrojó furiosa y de repente contra el destacamento del Adelantado, gritando: «¡Matarle! ¡matarle!» y los seis *bravos* se lanzaron al mismo tiempo contra don Bartolomé; pero al primer choque el Adelantado mató instantáneamente al espadachin Juan Barba, aquel maestro armero de *la Capitana*, que fué el primero que desenvainó la espada contra el Almirante; derribó al suelo al piloto mayor Juan Sánchez, é infirió dos graves heridas á Pedro de Ledesma. En un instante hubo ya seis hombres fuera de combate. Francisco de Porras atacó entónces de más cerca á don Bartolomé, descargándole tan violento mandoble que le partió el escudo, y penetró hasta la guarda; pero, aunque estaba el Adelantado herido en la mano, cojióle á brazo partido, esforzándose por derribarle al suelo. En esta lucha recibió Francisco de Porras heridas que le pusieron fuera de combate, y quedó preso. El Adelantado continuó la batalla. Los más valientes de los insurrectos habían muerto ya en el combate, y los demas huyeron desordenadamente. Iba á perseguirles el Adelantado, cuando sus oficiales le observaron que los Indios, espectadores hasta entónces del combate, podrian atacarles luégo que les vieran separados y extenuados de fatiga (2), porque la mayor parte eran todavía convalecientes. Don Bartolomé volvió á las carabelas con los presos que había hecho y los presentó al Almirante.

Colon dió gracias á su hermano, y sobre todo al Señor. Dió abundantes «gracias á Dios, teniendo por cierto que le había librado de la muerte (3).»

Esta victoria no costó sino dos heridas á los hombres del Almirante. Don Bartolomé curó muy pronto de la suya; pero desgraciadamente el bravo capitán del *Gallego*, Pedro de Terreros, el antiguo jefe de los criados del Virey, había sido herido en la ingle, y, á pesar de los cuidados del Almirante, sucumbió á los pocos días. Este fiel servidor de Colon, indignado sin duda por la conducta

(1) Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. VI, cap. XI.

(2) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. CVII.

(3) Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. VI, cap. XI.

de su pariente el escudero Camacho, que había entrado en la conspiracion del médico Bernal, revocó el testamento que había hecho á favor suyo durante la campaña, y legó sus bienes á otros parientes lejanos (1).

Sin jefe los rebeldes, propusieron someterse. Con juramentos y horribles imprecaciones prometian su obediencia en lo venidero. El Almirante se dignó perdonarles á todos. Solamente hizo conservar preso en su carabela á Francisco de Porras; puso los rebeldes al mando de un capitán experimentado, probablemente Pedro de Coronel, y los acantonó en la isla, para evitar las colisiones que hubieran podido estallar si hubiesen vuelto otra vez á las chozas.

§ II.

Había trascurrido ya más de un año, cuando, con indecible satisfaccion de las tripulaciones, entraron dos carabelas en la bahía de Santa Gloria. Iban al mando de un perfumista privilegiado, único fabricante de jabon en la Española (2), Diego de Salcedo, antiguo escudero de la casa del Almirante, que, puesto á sus órdenes, adquirió conocimientos en la navegacion, y que cinco años hacia se hallaba establecido en Santo Domingo por razon de su comercio. El estimable perfumista no había vacilado en dejar su comercio, luégo que se había tratado de ir al socorro del Virey, su antiguo señor. La primera de las carabelas la había fletado el infatigable Diego Méndez, y «cargado de viveres, consistentes en pan, vino, carne de tocino, carneros y frutas (3).» La segunda lo había sido por el gobernador Ovando á quien la opinion pública, obligaba á manifestarse benévolo á pesar suyo. Temió que Diego Méndez le ganara en celeridad, y por esto confió á Salcedo el mando del buque. Luégo que las dos carabelas hubieron dejado el puerto de Santo Domingo, Diego Méndez, que había fletado simultáneamente otro buque, se embarcó para Castilla con Bartolomé Fieschi, y se fué á dar cuenta á los Reyes de aquella expedicion marítima.

Colon, dadas gracias á Dios por su misericordia, se embarcó en la carabela fletada á sus expensas, con sus oficiales y los que se le mantuvieron fieles. Los demas se embarcaron en la carabela enviada por el gobernador. El 28 de junio

(1) Cristóbal Colon, *Carta á su hijo don Diego, fechada en Sevilla el 29 de diciembre de 1504*.

(2) Queriendo recompensar el Virey los servicios prestados por Diego de Salcedo en el gobierno de la Española, concedióle, á instancia suya, por despacho de 3 de agosto de 1499, el privilegio de la venta del jabon en las Indias.—*Coleccion diplomática*.—Documento, núm. CXXXI.

(3) Cuarto y último viaje de Colon, *Relacion hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos, etc.*

dejaron los buques la bahía de Santa Gloria, donde habían alternativamente agobiado y reanimado el corazón más grande del mundo tantos peligros y auxilios misteriosos, tantos padecimientos y consuelos invisibles.

La lucha que había sostenido el Almirante contra las olas en todo el curso del viaje, desde la hora solemne en que había profetizado la tempestad, comenzó otra vez luego que hubo salido de la bahía. La doble violencia de los vientos y de las corrientes le detuvieron más de un mes en aquella travesía. ¡Cosa notable! con sus velas y sus marinos ejercitados, necesitó una maniobra continua durante más de un mes para atravesar el espacio que, por la misericordia divina, su enviado Diego Méndez había surcado en cuatro días, á remo y en botes!

Á pesar de los perfeccionamientos náuticos de nuestra época, el estudio hidrográfico en aquellos mares, ayudado por una experiencia secular, no se hallaría hoy un oficial de marina, *midshipman* (a) ó almirante, que, por el valor de un reino, quisiera probar el ir de Jamáica á Haiti, con las solas condiciones que se ofrecían á Diego Méndez. Es preciso convenir en que, durante esta cuarta expedición, lo prodigioso se deja ver continuamente. Se comprende con cuánta razón decía Colón á los Reyes Católicos, refiriendo tan extraordinarios sucesos: «¿Quién creyera lo que escribo aquí?» y no obstante añadía: «Digo que en esta carta NO HE DICHO DE CIEN PARTES UNA DE LO QUE ME HA SUCEDIDO. LOS QUE FUERON CON EL ALMIRANTE LO ATTESTIGÜEN (1).»

Finalmente, llegó el Almirante á la pequeña isla Beata, donde por vía de tierra, mandó avisar al gobernador su próxima llegada; después, continuando su navegación ancló el 13 de agosto en el puerto de Santo Domingo.

El gobernador, seguido de lucida y numerosa comitiva, acompañado de todos los funcionarios y de los habitantes distinguidos, salió á recibir á Cristóbal Colón. El pueblo todo le rodeó y dió pruebas de respeto. Los marinos honraban en su persona al incomparable navegante; los Franciscanos, al mensajero de la salvación, al precursor de su futura predicación; el pueblo saludaba en él la majestad

(a) Esta palabra *midshipman* es inglesa y la traducimos por *guardia marina*. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

(1) Cristóbal Colón. — «Quien creyera lo que yo aquí escribo? Digo que de cien partes no he dicho la una en esta letra. Los que fueron con el Almirante lo atestigüen.»—*Carta á los Reyes Católicos, fechada en Jamáica el 7 de julio de 1503*.—Los SS. de Verneuil y de la Roquette, miembros los dos de la Academia real de España, dicen en su traducción: «Es bastante extraordinario que Colón hable de esta manera de sí mismo,» es decir, en tercera persona. *Los que fueron con el Almirante lo atestigüen*. Mucho distamos nosotros de participar de la dificultad de los dos traductores. Esta forma de lenguaje, que se escapó de la pluma de Colón, nos sirve, al contrario, de prueba de su sinceridad. Había escrito para el Padre Santo todos sus viajes, á la manera de los Comentarios de César, es decir, en tercera persona. En aquel mismo momento completaba su trabajo por la historia de su cuarta expedición; y la fuerza del hábito sorprendería una vez su pluma, escribiendo á los Reyes, esa forma que no le estaba destinada.

de la desgracia; su infortunio le atraía los ánimos de todos. Ovando instaló al Almirante en el palacio del gobierno y dióle en él banquetes y fiestas.

A pesar de la apariencia de estas buenas relaciones, el Almirante, que miraba siempre el fondo de las cosas, sabía reducir á su justo valor las demostraciones de Ovando; y el Gobernador, por su parte no podía creer que el Almirante no intentara preparar influencias en la Isla, esperando ser repuesto muy pronto en posesión de sus derechos (porque el nombramiento de Ovando limitaba sus poderes á dos años).

Muy pronto quiso Ovando demostrar á Colón que era realmente gobernador de la Española. Suscitó una cuestión de competencia, y pretendió conocer en la rebelión de Porras, por la razón de que había ocurrido dentro de los límites de su jurisdicción. Exigió que se le entregara á Francisco de Porras, detenido á bordo de la carabela; y después del primer interrogatorio, mandó ponerle en libertad, sin abrir ninguna información, sin forma de juicio verbal, sin escribir la menor pieza (1); y lo que es más, habló de mandar detener y juzgar á los que habían empuñado las armas para defender al Almirante (2). Lo que hacía sobre el particular, decía él, no era sino en interés de la buena justicia y conservación de los derechos del gobierno, contra los cuales no podían prevalecer los del Almirantazgo. Decidido Colón á sufrir con paciencia cualquiera iniquidad antes que ocasionar la menor cuestión en la Colonia, se limitó á representarle cuán ilusoria sería la autoridad de un Almirante, sino pudiera castigar una rebelión en su propio buque. Después se rió (3) con aquella calma de la resignación cristiana de que estaba penetrado.

Los miserables partidarios de Porras que no habían desertado ya al llegar pedían volver á España. Faltos de todo recurso y hasta de vestidos, solicitaban pasaje en cualquier buque. Hubiera podido muy bien el Almirante dejarlos á la custodia del gobernador, y embarcarse con los suyos y sus oficiales solamente en la carabela y con mayor razón podía hacerlo puesto que un solo buque no podía llevar tanta gente. Considerando empero todo lo que habían padecido en la exploración de las costas de la tierra firme, se compadeció hasta de sus crímenes, que él llamaba su «enfermedad moral;» y creyó que «fuera un caso de conciencia dejarlos y abandonarlos (4).» Agregó á su pasaje la nave que se carenaba, y á

(1) Cristóbal Colón, *Carta á su hijo don Diego, fechada en Sevilla el 21 de noviembre de 1504*. — Cartas del Almirante.

(2) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. CVII.

(3) «Disimulaba todo aquello y no hacía más que reírse.»—Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*. Década 1.ª, lib VI, cap. XII.

(4) «Porque fuera gran cargo de conciencia á los dejar y desampararlos.» — *Carta del Almirante á su hijo D. Diego, fechada en Sevilla el 1.º diciembre de 1505*.